

De la persona a la comunidad

José Luis Vázquez Borau

Miembro del Instituto E. Mounier.

El tiempo actual que nos toca vivir, en especial ante la caída del «comunismo real», va dando la razón, a mi entender, a la posición, dentro del movimiento personalista, de Maurice Nédoncelle, que sospechaba del dogma de lo «institucional» que afirma que los problemas se solucionan creando una buena organización.

No es que se tenga que rechazar lo organizativo, pero siempre hay que tender a reducirlo al mínimo, dando prioridad a la relación interpersonal que genera fraternidad y solidaridad. La ley, lo institucional, al servicio de las personas y no al revés. Hoy estamos en condición de poder afirmar que hemos pasado el sarampión del «comunitarismo», que se ha centrado casi siempre en lo organizativo sin madurar en lo interpersonal. Cuando en los *Hechos de los Apóstoles* se dice que los discípulos «lo tenían todo en común», antes se afirma, como base de este fruto, que «tenían un sólo corazón y una sola alma» (4, 32-35). En la actualidad, también algunos, como signo y testimonio, pueden ser llamados a vivir en comunidad con estos presupuestos; otros, a ayudarse en grupo a vivir estos valores; pero lo que se nos pide a todos es vivir en «comunidad» con el Amor, que genera entre las personas relaciones fraternas y solidarias. Con esto, el movimiento personalista iniciado por

Emmanuel Mounier pretende realizar la auténtica revolución: la que parte de la fuente interior para transformar la realidad. Martin Buber, por tomar algún ejemplo, concibe lo constitutivo de la persona como correlación, diálogo con las demás:

El arriba y el abajo están unidos entre sí. Quien quiera hablar con los hombres sin hablar con Dios, verá como su palabra no se plenifica; pero quien desee hablar con Dios sin hablar con los hombres, verá como su palabra conduce al error.¹

Para Nédoncelle, «estar en comunión» significa tener conciencia del otro como una singularidad, pues existimos en cuanto reciprocidad, que no es sólo relación, sino principio de nuestra existencia personal. Tanto soy en cuanto recibo, acepto el ser que tengo y que a su vez doy y entrego a los demás. Esto tiene lugar en el amor. Existimos como comunidad de espíritus, de conciencia. La génesis de mi persona comienza allí donde descubro, veo y amo la conciencia del otro.

La más fundamental categoría del ser humano es la «tuidad».² El hombre está hecho para el otro y debe encontrarse con él a través de la simpatía, que lleva a una comunión. No existe una sola palabra fundamental, «yo»,

sino dos, «Yo-Tú», en las relaciones entre personas; y «Yo-Ello», en las de las personas con otros seres. En la relación «Yo-Tú» se da un encuentro que lleva a un compromiso. De él surge el «Nosotros», que se sustenta en el «entre», en la relación de amor. Los otros seres materiales, en cambio, son incapaces de una respuesta dialógica, y por eso la relación entre el «Yo-Ello» es una relación de posesión y de dominio. A partir de este fundamento, el hombre aparece íntimamente ligado a los demás seres humanos y está llamado a construir con ellos un mundo más solidario y fraternal.

Nuestra acción parte de las personas como un ya y apunta a la comunidad como un todavía no. La comunidad es nuestra utopía, que se va concretizando con los pequeños éxitos solidarios y fraternos. Quisiera traer aquí un texto de Teilhard de Chardin,³ que pone de manifiesto hacia donde apunta esta visión cósmica:

La gran mutación futura del hombre es la socialización. Ello no equivale al triunfo de un instinto de rebaño, sino que significa la convergencia cultural de la humanidad hacia una única sociedad. El amor es en este esquema la más importante energía radial. Hace al ser humano más persona y, por lo tanto, más perfecto por el hecho, y no a

pesar de ello, de que lo une más estrechamente a sus semejantes... La evolución ha permitido al ser humano llegar todo lo lejos que era posible en cuanto a su perfección física; el nuevo paso será social. Esa evolución se halla hoy en curso de avance. Entre los pueblos están formándose más y más vínculos, en una verdadera progresión geométrica, en lo económico, en lo político y en los hábitos de pensamiento. Lo que puede parecer servidumbre, nivelación y fealdad, oculta un crecimiento en complejidad y en reflexión. El hombre está aproximándose, pues, a su último desarrollo, a su convergencia.

Hay que recordar que para Teilhard los seres vivientes están dirigidos simultáneamente por dos tendencias: hacia dentro y camino de la propia perfección (energía radial) y hacia fuera del propio individuo y de la especie, en el camino de la evolución biológica (energía tangencial).

El personalismo está llamado a trabajar, especialmente en el ámbito de la cultura y de la educación, en favor de la libertad total, objetivo del humanismo radical o revolucionario, que incluya la liberación personal y social; integrando el concepto de razón en sus dos aspectos: aplicado a la naturaleza (ciencia) y aplicado a la persona (conocimiento de sí mismo).

Hace falta señalar aquí que esta tarea no es de segundo orden, pues como muy bien señaló Julian Huxley, Director de la UNESCO durante los años 1946-1948, en su libro *La Evolución. Síntesis moderna* (1965), sin romperse la continuidad del proceso evolutivo, éste toma, con el hombre, una nueva dirección o, por lo menos, representa otra etapa. Los cambios más importantes no son ya, según Huxley, orgánicos, sino educativos; es decir, la educación y, con ella, la cultura, representan una nueva fuerza evolucionaria. No hay propia-

mente ya, por tanto, «selección natural», sino más bien «selección educativa». El ser humano, tal como lo conocemos, puede ser superado, sin modificarse su estructura orgánica, por medio de fuerzas psicológicas y, a la vez, éticas.

A esta tarea debemos consagrarnos con todas nuestras fuerzas. **A**

Notas

1. Buber, M., «Zwiesprache», en *Das dialogische Prinzip*, Lambert Schneider, Heidelberg, 1985, p. 160.
2. Scheler, M., *Nature et formes de la sympathie*, París, 1928.
3. Hace referencia a este texto R. Tamames, *Ecología y desarrollo*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, pp. 188-9, en el marco de la polémica sobre los límites del crecimiento.